CARTA DEL SEÑOR RECTOR al profesor Ramelli

Bogotá, 7 de octubre de 1920

Señor don Mauricio Ramelli.—E. L. C.

Muy estimado señor y amigo:

Contesto la apreciable y fina carta de usted, de fecha de ayer.

Cuando el distinguido arquitecto señor doctor Arturo Jaramillo, después de reedificar noblemente el claustro mayor del Colegio del Rosario, terminó la restauración de la capilla, me habló de usted como de un verdadero artista, italiano de origen y colombiano de nacimiento, educado por los Hermanos Cristianos y formado durante muchos años en Milán en el arte de la pintura. Acepté la indicación y celebré con usted un contrato, muy ventajoso para el Colegio. Hoy, cuando la obra está concluida, no tengo motivos para arrepentirme y sí muchas razones para felicitarle por haberme entendido con usted.

La decoración de los muros y los techos, especialmente los frescos que decoran el fondo del altar y las bóvedas de la capilla, y el cuadro al óleo de San Francisco de Asís, adorno de una de las paredes laterales, han merecido el aplauso de muchas personas competentes y a mí, a pesar de mi ignorancia en esas materias, me han satisfecho plenamente. Durante la ejecución de los trabajos, he estimado lo laborioso y puntual de la actuación de usted y la cultura y suavidad de su porte.

En el número de la REVISTA DEL COLEGIO que saldrá, Dios mediante, el 1.º de noviembre, se tributará

homenaje de justicia y gratitud a los artistas que han trabajado en la capilla.

Puede usted hacer de esta carta el uso que a bien tenga.

Me complazco en suscribirme de usted, atento servidor y amigo,

R. M. CARRASQUILLA

LA CHOZA DESIERTA

(A Ricardo Acevedo Bernal)

El complicado mundo interior que con mudanzas más o menos accidentales subsiste en cada uno de nosotros, está compenetrado con el mundo exterior mucho más de lo que pudiera sospecharse. Si por una parte los varios estados de ánimo dan aspecto distinto a los objetos que nos rodean, también es un hecho interesante el poder que tienen ellos para cambiar esos estados a pesar nuestro, sin que logremos fácilmente sustraernos a su dominio.

Es así como el influjo mutuo del alma y el cuerpo se extiende fuera de nosotros mismos: el universo se nos incorpora, y nuestra personalidad lo anima intensamente.

¿Por qué la sola falta de luz en un aposento causa pavor o tristeza, y el panorama de una llanura parece que ensancha el espíritu? ¿Por qué un tronco escueto y un nido destrozado pueden sugerir tanto, aun a observadores poco sentimentales? ¿Será únicamente asociación de ideas lo que da idioma tan rico al golpear de las aguas, al soplar de las brisas y al caer de las hojas? ¿Cómo explicar el dón de lenguas que poseen las artes bellas, especialmente la música?